

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

Benedicto XVI, en la homilía del comienzo solemne de su pontificado, el 24 de abril de 2005, recordó al mundo que «nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con Él». De la experiencia creyente de esta hermosura y belleza –además de las motivaciones y características generales del desarrollo de la teología–, nace el deseo de perfeccionar, en sucesivas ediciones, este texto sobre *El misterio de Jesucristo*.

La anterior edición (la 3ª, en 2004) representó ya una notable maduración. Desde entonces, en el terreno cristológico, lo más relevante ha sido la publicación del libro *Jesús de Nazaret*, de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, tanto por lo que se refiere al acceso a Jesús como a los misterios de la vida de Cristo. Por lo demás, en la presente edición se han puesto al día algunas citas y la bibliografía, sin que haya sido necesario introducir cambios o integraciones de relieve.

Un manual es primariamente un texto para el estudio en el ámbito académico. Pero en el caso de la teología, su mismo objeto le confiere un destino más amplio, porque la teología no es sólo una materia de estudio para determinadas personas, sino una dimensión de la vida cristiana. La fe, cuando es viva, tiende por su propia dinámica a ser una *fides quaerens intellectum*. Por esto, como afirma San Josemaría Escrivá de Balaguer, «cada uno ha de esforzarse, en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico, de la fe; y todo esto es la teología» (*Es Cristo que pasa*, n. 10).

En el cristiano, el impulso a profundizar en el misterio de Jesucristo se presenta con una particular viveza, porque Jesús no es un *objeto* de estudio, sino una *Persona viva* que es, para todos y cada uno, «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). En él –desde Belén hasta el Calvario y la Ascensión– vemos ante todo la verdad del amor infinito de

Dios hacia nosotros; en Él, el Padre se ha hecho visible: «quien me ve a mi, ve al Padre» (Jn 14, 9). Cristo es vida, porque no es sólo verdad para conocer sino también para amar y vivir de ella, hasta poder decir con San Pablo, «para mí, el vivir es Cristo» (Flp 1, 21). Jesús es, a la vez, el camino que lleva a la plenitud de esa vida: «nadie va al Padre si no es por mí» (Jn 14, 6). Un camino vivo, que es a la vez caminante que camina con nosotros, desde la Jerusalén de este mundo al Emaús eterno de la Gloria. Sólo en Él se edifica el Reino de Dios en la historia, y sólo en Él al final de los tiempos será completamente realizado el designio divino de recapitular todas las cosas (cfr Ef 1, 10), cuando el universo será en Él unificado y glorificado, y entregado por Él al Padre (cfr 1 Cor 15, 24).

«Vosotros seréis mis testigos» (Hch 1, 8): palabras de Cristo resucitado a los Apóstoles y, en ellos, a todos sus discípulos a lo largo de la historia. Dar a conocer a Jesucristo es responsabilidad de todo cristiano, especialmente necesaria y urgente en este tiempo, en el que a la ignorancia de tantos, se suma en muchos una actitud de rechazo de Cristo, a quien en realidad no conocen: un triste rechazo de la verdad y de la vida. Ante la magnitud de esta misión evangelizadora, que es de toda la Iglesia y de todos en la Iglesia, viene a la mente la pregunta de Judas Tadeo a Jesús: «¿qué ha pasado para que te vayas a manifestar a nosotros y no al mundo?», y la respuesta del Maestro: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 22-23). En Cristo, Dios ha reconciliado el mundo consigo mismo; y ha puesto en nosotros la palabra de la reconciliación (cfr 2 Co 5, 19). En cada generación, Cristo quiere manifestarse al mundo haciéndose presente en sus discípulos.

Es preciso conocer a Jesucristo, también para darlo a conocer; con esforzado estudio teológico, sí; pero a la vez con la oración contemplativa –*ex caritate procedens*–, que eleva la ciencia al nivel de la sabiduría. Y llega siempre el momento en que el esfuerzo especulativo y la oración contemplativa se expresan en un adorante silencio, según la famosa expresión del Pseudo-Dionisio recogida por Santo Tomás: *indici-bilia Deitatis casto silentio venerantes*.

Roma y Pamplona,
2 de octubre de 2010